

triumfos es tan avaro, que cuando no puede impedirlos, los corta con el auxilio de la muerte.

Bien es cierto que á cambio de ella concede á los grandes hombres la inmortalidad.

¡La inmortalidad! Una gloria de que se entera todo el mundo, excepción hecha del difunto.



EN LOS TOROS

AFOYADA en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse á impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrá-

base aquella muchacha, cuyo nombre ignoro, y todos los ojos se volvían hacia ella, y de todos los labios brotaba una frase de admiración para su belleza, iluminada por los reflejos del sol y por los resplandores de la juventud.

Era hermosa, con esa hermosura que agita la sangre y estremece los nervios, que despierta las codicias de la posesión, que, más que enamorar, enloquece, y antes de conmover, perturba. Todo en ella hablaba á la carne, no al alma; sus ojos negros, llenos de vida, que brillaban con relámpagos de fiebre entre sus pestañas espesas y oscuras; su nariz incorrecta, que abría y cerraba á breves intervalos sus ventanillos, sobre los cuales dibujaba la luz transparencias color de rosa; sus labios gruesos, rojos, sombreados en la parte superior por un imperceptible bozo, y mostrando en el húmedo hueco que dejaban al entreabrirse una dentadura blanca y pequeña; su barba redonda y fuerte; su cutis moreno, donde proyectaban las sombras de la mantilla esos tonos verdosos que son la desesperación de los pintores; su cuerpo entero, en fin, porque todo su cuerpo era un reto al deseo y una provocación á la espina dorsal.

Esto lo veía yo claramente con la triste y dolorosa claridad de la experiencia; y al

par que lo veía, escuchaba el himno de amor y de deseos que, provocado por aquella hermosura, entonaba á mi oído un compañero de juventud y de arte, un pintor que tiene los ojos saturados de líneas y de colores, el cerebro repleto de inteligencia y el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas.

Y mientras mi amigo hablaba creando en su imaginación un idilio, del que eran agentes principales él y la muchacha del palco, abajo, en la plaza, corría el toro levantando en los vértigos de su carrera torbellinos de arena que se doraban á los rayos del sol, y embestia contra los caballos, desgarrando sus carnes con heridas brutales y asquerosas, y volteaba á los picadores, y seguía en pos de los peones, ansioso de alcanzarlos, y se detenía junto á la barrera bramando de coraje, humillando la testuz y mostrando, al humillarla, el ancho morrillo, lustroso de sangre y de sudor. Rugía el toro, voceaba la gente, gallardeaban por delante de la fiera, capote en mano, los lidiadores, estremecíanse los tísicos jamelgos al caer en el ruedo con la última convulsión de la agonia, sonaban los clarines anunciando el cambio de suerte; salían los banderilleros, y la muchacha del palco, inclinando hacia adelante su rostro curioso, seguía una por una las peripecias de la lidia, con los ojos

brillantes, la boca entreabierta, los dientes encajados y las mejillas coloreadas por el placer.

—¡Qué hermosa es! decía mi amigo entre tanto: ¿no sientes, al mirarla, envidia de todo cuanto la rodea, de la mantilla que acaricia su frente, del vestido que ciñe su cuerpo, de los curiosos que la contemplan y del aire que se agita sobre su rostro? ¿No ves en esa mujer un venero de goces inagotables, de seducciones infinitas, de venturas eternas? ¿No comprendes que ser amado por ella, que sujetarla entre tus brazos, sentir su aliento junto al tuyo, recoger con tus manos trémulas los latidos de su corazón y aspirar con tus labios el eco de las palabras entrecortadas que ella murmurase, sería la síntesis del placer y la última palabra de la dicha? ¿No lo comprendes?

—El placer, sí; la dicha, no, repuse contestando á las preguntas de mi amigo. Esa mujer ofrece por su conjunto, por sus actitudes, por sus menores gestos, más amarguras que dichas al hombre que la ame; en ella responderá siempre la materia, el espíritu nunca; fíjate con qué satisfacción y con qué entusiasmo contempla la corrida; su rostro no palidece ni ante la sangre ni ante el peligro; el abanico que manejan sus manos la sirve, no para taparse los ojos,

para hurtar por breves instantes de los ojos ajenos los tesoros de su belleza; no hay en ella síntomas de ese miedo que se une á la alegría en todas las muchachas que asisten á la fiesta de toros; ella goza, no hace más que gozar, y cuanto mayor es el riesgo, más curiosa y más satisfecha se muestra. Emociones fuertes, rudas, salvajes; emociones que broten de la carne, las proporcionará en todo momento; emociones dulces, emociones que broten del alma y por el alma, no las proporcionará jamás. Nadie puede proporcionar lo que no tiene.

—¡Estás loco! respondió mi amigo: ¿en qué te fundas para decir eso?

—En tu propia locura, repliqué yo.

Había llegado *el momento supremo*, como dicen los aficionados; la hora de matar. *La gartijillo* (porque aquella tarde mataba *La gartijillo*) estaba delante del toro con la muleta recogida y el estoque echado á la cara; el toro, con el hocico lleno de espuma y el lomó cubierto de sangre, permanecía quieto, inmóvil; solamente su pecho robusto y sus poderosos ijares jadeaban, demostrando el cansancio de la lucha; el público dividía su atención entre el hombre y la fiera. El matador dió un paso, acudió el toro, y todos pudimos ver una cosa horrible: la fiera embistió al hombre, lo volteó en sus

cuernos y lo despidió, haciéndole describir una curva en el espacio, á cuatro pasos de distancia.

El matador estaba ileso; pero sus calzones desgarrados probaban la violencia de la acometida y lo grave del peligro.

Yo levanté maquinalmente los ojos, buscando á la muchacha del palco.

Al verla, sentí una emoción extraña; toqué en el hombro á mi amigo, y le dije, señalándole el sitio ocupado por ella:

—Mira.

La muchacha reía á carcajadas.

Sin duda le había hecho mucha gracia ver á aquel hombre por los aires.



NOVELA CORTA

I

QUIERO SER DIPUTADO

SIÉNTESE usted, joven, le dije, mientras contemplaba con íntima simpatía á aquel mozo franco, robusto y de mirada inteligente, de rostro enérgico y de ademanes encogidos, que denotaban á tiro de fusil su naturaleza de provinciano; siéntese usted, y sepa yo á qué debo la honra de esta

visita y en qué pueden servirle los consejos que de mí para usted reclama la respetable persona que me lo recomienda.

—Ya sabe usted—repuso él—que tengo concluída, y, aunque el decirlo sea inmodestia, concluída con lucimiento mi carrera en la universidad de X... Siempre me llevaron mis aficiones por el camino de la política; vengo dispuesto á dedicarme á ella, y á ver si logro representar á mi país, en fuerza de perseverancia y de trabajo.

—Me parece bien. ¿Y qué piensa usted hacer para conseguirlo?

—Tengo grandes proyectos—replicó el joven, á tiempo que su rostro se iluminaba con una sonrisa de esperanza.—He estudiado á fondo las evoluciones y las necesidades políticas de mi país; conozco, en punto á economía, todo lo que se ha escrito; nacido entre el pueblo, me ha sido sumamente fácil analizar sus aspiraciones y tendencias: he formado un programa que defenderé con inquebrantable constancia, sin olvidos ni concesiones de ninguna especie. Con estos elementos, con los que me ofrece el periodismo, en el que pienso exponer un día y otro mis ideas; y con la propaganda que haga de mis doctrinas á presencia de los mismos á quienes puedan resultarles beneficiosas, estoy seguro de lograr el triun-

fo, como lo estoy de servir fiel y honradamente los intereses de mi patria.

—¿Conque tales son los pensamientos que á usted animan?

—Sí, señor.

—¿Y usted es rico?

—No.

—Pues entonces prepárese á no ser diputado nunca, ó á serlo dentro de veinte años, como plazo más corto.

—¿Qué dice usted?

—¡Ah, joven!—añadí, contemplándole con verdadera lástima;—usted me ha inspirado gran simpatía, y quiero que esta visita le sea provechosa. Con las ideas que usted tiene, no se consigue en Madrid más que una representación: la de San Bernardino. Otra es la ruta que necesita usted emprender, si quiere llegar al límite de sus deseos.

—¿Yo?

—Vamos á cuentas, y no me interrumpa. ¿Conoce usted á algún personaje influyente?

—Sí; pero el tal no participa de mis ideas.

—¡Vaya un tropiezo! Participe usted de las suyas, y estarán acordes en seguida.

—Eso representa una abdicación.

—¿Y qué es abdicar? Un verbo en moda

y elegante. Los reyes lo conjugan cada tres meses, y los políticos cada tres minutos. Nada, joven, nada; es necesario prescindir de pequeneces. ¿Cómo se llama ese personaje?

—Don Éxito. Es un animal.

—Pero un animal que ha llegado á ministro; y los animales de este género se convierten en personas dignas de la mayor consideración. Usted debe visitar á don Éxito; elogiar á diario sus más tremendas barbaridades como si fuesen el límite de la ciencia humana y divina; acosarle en el Salón de conferencias; llamarle genio á grito pelado; quitarle las motas del gabán cuando lo lleve puesto y ayudarle á meter y sacar las mangas cuando se le ponga y se lo quite; con esto, con dedicarle un suelto encomiástico en los periódicos cada tres días, y con limpiarle las botas, ya hemos adelantado la mitad del camino.

—¡Caballero, mi altivez no me permite semejantes bajezas!

—¿Ahora salimos con que tiene usted altivez? ¡Ay, amigo! con esa virtud no se va á ninguna parte. La altivez se guarda para más adelante; para cuando sea usted director general, pongo por caso.

—Pero...

—Déjeme usted seguir; nada de interrupciones. Don Éxito tendrá hijas.

—Una muy fea.

—¡Bravo! Cultive usted el amor de esa fea, con el mismo afán que si se tratara de la propia Venus. Enamore usted á la hija de don Éxito, y si el padre se opone, róbelala usted. ¿Usted sabe lo que vendrá después del robo?

—Una pareja de la Guardia civil.

—No, señor, un distrito.

—Pero, caballero, ¡yo amo á otra mujer!

—¿Y eso qué importa? Siga usted amándola. El robar á la hija de un personaje no es lance amoroso; es una manera de conseguir el acta, muy parecida á la que emplean algunos gobernadores para que salgan triunfantes los candidatos ministeriales.

—¡Oiga usted, señor mío!...

—¡Óigame á usted á mí primero! Una vez diputado, dedíquese á frecuentar el trato de la mujer de cualquier otro personaje superior á don Éxito; es un medio infalible para llegar en tren expreso á una subsecretaría; y de subsecretario, se salta á ministro con la mayor facilidad del mundo. ¡Qué demonio, joven; usted es guapo, inteligente, robusto!... De oír mis consejos, puede usted ser lo que mejor le venga en gana, sin afanes, sin trabajo y sin exposiciones de ninguna clase.

—¡Pero usted olvida que yo soy un hombre de vergüenza!

—¿También eso? Pues, amigo mío, siento mucho decírselo; pero con semejantes defectos y repulgos, llegará usted á diputado (si llega), cuando sea viejo, cuando no pueda disfrutar de las ventajas plásticas que el poder proporciona, cuando haya dejado entre las zarzas del camino sus ilusiones, sus esperanzas, su vida entera... Haga usted lo que tenga por conveniente, pero créame. Para ser diputado en seis meses, valen más, infinitamente más que las ideas, y la constancia, y el talento, el gabán de don Éxito, las botas de don Éxito y la hija de don Éxito.

Y me despedí del provinciano, creyendo que aprovechará las atinadas advertencias que le hice con la mayor buena fe del mundo.



II

LO QUE CUESTA EL ACTA

“Sí, señores; dedicado desde mi juventud á mantener los principios liberales, igual conducta me propongo seguir si el fallo desinteresado de vuestros votos me lleva al Congreso; y al hacer esto, y al defender los sagrados intereses del distrito, defenderé las dos mejores causas á que puede dedicar un hombre su existencia: la libertad y la justicia.”

A la terminación de este párrafo, con el

que finalizaba su discurso el candidato propuesto por el Gobierno, una salva estrepitosa de aplausos atronó el recinto, y los electores pasearon en andas á su futuro representante, no sin hacerle beber, y beber ellos, los vasos de vino y aguardiente que son de rigor en estas circunstancias y que sirven para solemnizar en el mundo las santas expansiones del derecho.

Quedaron solos, por fin, en la sala, el candidato y el alcalde; aquél enjugándose el sudor y sonriendo con aire de triunfo; éste midiéndole de arriba abajo con su mirada socarrona, humedecida entonces, ignoro si por la emoción ó por el mucho aguardiente que había bebido.

—¡Vaya un discurso, don Antonio! ¡Vaya un discurso!—dijo el robusto y coloradote aldeano encarándose con el diputado en hipótesis que tenía delante.—¡Demonio, y qué bien junta usted las palabras, y cómo le salen del cuerpo! Pues... ¡y la voz! ¡Si parece mentira que no se haya quedado usted mudo! Nada, que si va usted al Congreso y habla, le van á oír los sordos.

—¿De modo que está usted conforme con mi programa?

—¡Ya lo creo, hombre, ya lo creo!

—En tal caso, puedo tener por segura mi elección.

—Mire usted, don Antonio, eso ya es harina de otro costal. Claro que á usted le apoya el Gobierno, y que nosotros somos muy liberales...

—Entonces...

—Vamos á hablar claro. Lo que menos me importa á mí, y lo que menos les importa á los vecinos que manejan esto de las elecciones, son los programas; hemos oído muchos, y no hemos visto cumplir ninguno. Además, nosotros queremos los diputados para nosotros, no para la nación; porque nosotros somos quien los sacamos de la urna, y la nación no tiene nada que ver con esto.

—¿Qué es lo que pretende usted decir, amigo mío?

—Pues muy sencillo. Yo dispongo de la mitad de los votos liberales del pueblo, y no tengo inconveniente en dárselos á usted, porque es usted un hombre simpático, y porque lo recomienda el Ministro; pero para que yo le dé á usted esos votos, es preciso que usted se comprometa solemnemente á una cosa.

—Usted dirá.

—Yo tengo un hijo, y este hijo mío, por celos que le daba una muchacha, la cual muchacha no quería ser novia suya porque lo era de otro, se apostó una noche detrás

de la esquina, y cuando ella y el mozo estaban hablando por la reja, se echó la carabina á la cara, y...

—¿Y qué?

—Nada; que lo mató á él, y la hirió á ella de mucha gravedad.

—¡Qué salvaje!

—Salvaje ó no, es mi hijo, y á mi hijo le condenó la Audiencia á quince años de presidio. Hace seis meses justos que está allá. Pues bien; lo que yo quiero es que salga, y que usted me gestione y me consiga el indulto del chico. ¡Me parece que no pido ningún despropósito!

—Pero, señor Alcalde, ¿cómo quiere usted que yo, representante futuro de la ley, de los respetos al derecho, del sosiego público, de la nación, en una palabra, vaya al despacho del ministro de Gracia y Justicia á pedirle el indulto y la libertad de un asesino? ¿Cómo voy yo á hacer eso?

—Como lo hacen otros. ¡Pues ni que fuera usted el primer diputado que iba al ministerio con tales pretensiones, ni que hubiera de ser el Ministro el primero que accediese á ellas! A puntapiés andan los indultos por ahí, y nadie se extraña y á todos les parece perfectamente.

—¿Y si yo no me presto á complacerle, señor Alcalde?

—Pues se queda usted sin ser diputado.

—¿Sería usted capaz?

—¡Ya lo creo! Y aún no he concluido. Otra de las personas que disponen de votos en el pueblo, es el secretario del Ayuntamiento; y ese no da los suyos como no echen tierra encima á cierto expediente gubernativo que le instruyeron por una pequeñez; porque teniendo que hacer reparaciones en una finca de su propiedad, echó mano de los fondos municipales, y aún no los ha devuelto; no por falta de voluntad, que él es muy honrado, sino por falta de recursos. ¡Ya ve usted si sería triste que un hombre de bien fuera á presidio por un apuro insignificante!

—¿Ustedes exigen que yo proteja á un ladrón?

—En primer lugar, el secretario no es un ladrón.

—¿Pues qué es?

—Un empleado. Y en segundo lugar, dispone de cincuenta votos, que para usted no representan un costal de paja.

—Pero, señor mío... ¿usted olvida quién soy yo?

—Porque no lo olvido le digo á usted esto. Usted es un candidato, y yo le ofrezco votos. Con los votos míos, con los cincuenta del secretario y con cincuenta que

le dará el cura si le proporcionan un destino bueno para el hermano de la parienta que vive con él, es usted diputado en estas elecciones, como yo soy alcalde del pueblo.

Quedóse el pobre candidato mirando al Alcalde, con cara muy triste y en actitud de desaliento. y el Pedro Crespo de aquel lugar añadió lo siguiente, como deseoso de consolarle:

—Don Antonio, no se preocupe usted. Casi todos hacen lo mismo, y viven felices, y tienen el distrito seguro. Por lo demás, el programa me parece muy bien, y en lo que toca á la protección de los cereales, nos ha satisfecho mucho á todos.

—¿Están ustedes conformes conmigo en este punto?

—¡No hemos de estarlo! Los que manejan aquí esto de la elección, somos acaparadores de trigo; de modo que, cuanto más difícil sea introducir granos extranjeros, más caros podremos vender nosotros los nuestros.

—¡¡Ah!!

.....

 A los quince días era diputado don Antonio, y cuentan que al proclamarse un día proteccionista en el Congreso, alguien que

estaba enterado de los sucesos anteriores á la elección, dijo por lo bajo:

—¡Ya lo creo que es proteccionista! ¡Como que lo protege todo; hasta los delitos!





SEVILLANAS

ESTABA yo en el teatro de Apolo, durante la representación de una de esas obras que ahora se estilan, en las que tomando el autor por pretexto cualquier cosa y cualquier individuo, hace desfilar por delante de ellos tipos inaguantables, de puro mano-

seados, y cuerpos de coros que resultan, por la uniforme [semidesnudez con que se presentan al público de algunos años á esta parte, tan manoseados como los tipos.

Tal era la obra que aquella noche se representaba en Apolo. Ojala el público con agrado, gracias á la música ligera y retzona que la servía de salvavidas, y ojala yo también distraído en la contemplación de una muchacha que, ó mucho me engaño, ó vive destinada á ejercer de protagonista en un tomo cualquiera de los que publique la biblioteca *Demi-Monde*.

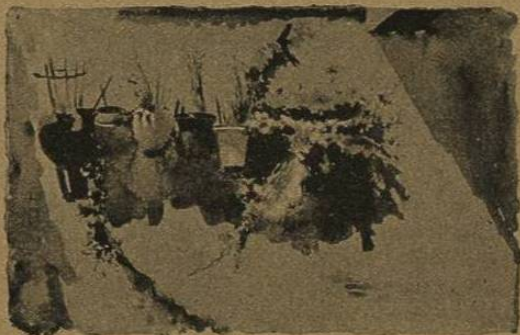
En tal momento preludió la orquesta las notas acariciadoras y vibrantes de una música popular, los acordes nerviosos de un baile andaluz, y juntamente con el sonido de aquellas notas, aparecieron en el escenario dos esbeltas figuras de mujer, ataviadas á la andaluza, vistiendo la una pantalón ceñido que descansaba, formando caprichosas arrugas, sobre dos pies, calzados primorosamente, chaquetilla de terciopelo granate y faja de seda arrollada á un cuerpo flexible y quebradizo. Un *calañé* recogido y coquetón cubría la cabeza de esta mujer trajeada de hombre, y por debajo del *calañé* se destacaban unos ojos negros llenos de malicia, una naricilla reman-gada y burlona, unos labios entreabier-

tos con picaresca sensualidad y una mata de pelo rubio sobre la cual brillaban, descomponiéndose en múltiples matices, los rayos de luz que despedían las lámparas eléctricas.

La compañera de esta mujer, más baja que ella, morena, con el pelo de color de azabache, caído en rizos sobre la frente para servir de marco á unos ojos oscuros, grandes y apasionados, iba vestida con arreglo á su sexo y en traje acomodado á los gustos y tradiciones que conserva, en punto á indumentaria, el pueblo bajo de nuestra hermosa Andalucía. Un mantón de colores que se descolgaba graciosamente de sus hombros, extendiase, retorciéndose por la cintura, á lo largo del cuerpo, más que para cubrirlo, con la intención hipócrita de señalar, velándolos, el airoso contorno del cuerpo, la elegante flexibilidad del talle y la robusta curva de las caderas. El fleco del mantón se esparcía como un haz de ramas blancas que se deshace, por encima de una falda á listas, ni tan corta que dejara en descubierto la pierna, ni tan larga que impidiese ver los pies diminutos de la *bailaora*.

Deliciosa pareja, que me hizo recordar las fiestas que se improvisan en el campo andaluz durante las noches de estío, cuando

la luna, prestando melancólicas tintas al cielo estrellado y azul, se quiebra y desparra medrosamente por los oscuros pámpanos del viñedo y por los troncos morenos de los olivos; y los acordes de una guitarra que suspira y ríe á un mismo tiempo, llenan



el espacio de notas dulces y soñadoras, al compás de las cuales cantan y bailan mujeres hermosas, en cuyos labios palpitan mil deseos, que se transparentan en las pupilas de sus ojos, donde fulguran relámpagos de ternura y llamaradas de pasión.

Encantadoras noches que yo vi reproducidas en el escenario del teatro de Apolo con la presencia de aquellas dos jóvenes, que, siguiendo las cadencias extrañas de la

música ejecutada por la orquesta, balanceaban sus cuerpos, tan pronto doblándose sobre la cintura para destacar las bellezas del busto, como replegándose un instante para avanzar luego la una hacia la otra con la cabeza echada hacia atrás, entornados los ojos, abiertos los brazos, palpitante el seno y estremecidas las caderas por un movimiento intermitente, lleno de sensualidad y de abandono.

En aquellos ademanes, en aquellos saltos, en aquel baile desordenado y estrambótico, en aquella música extraña, cuyo ritmo se burla de las reglas y se desarrolla á capricho, podría haber para esos temperamentos gastados que necesitan de un acicate que los espolee, un motivo de excitación; para mí había algo más. Aquel baile era el compendio de una raza, raza meridional, soñadora, ardiente, voluptuosa, donde viven todas las pasiones, caldeadas por un sol de fuego, y duermen todas las energías, ocultándose perezosamente bajo la sombra que proyectan los árboles del cortijo, y entre los quejidos que se escapan á las cuerdas de la guitarra.

De esa raza, soñolienta y hábil como otra alguna para la diversión y para el placer, han salido raudales de armonía, hoy encerrados en libros y poemas, tonos de color

que viven la vida eterna del arte en lienzos y en museos; guerreros célebres y bandidos tan célebres como los guerreros, que por algo brillan en los ojos de estas mujeres que cantan y bailan, que aman hasta el frenesí y odian hasta el crimen, todas las pasiones, todas las energías y todos los heroísmos.

—¡Bahl dirá alguno; ¡y tales pensamientos se le ocurrían á usted en Apolo á presencia de dos *bailaoras!*

—Sí, señor, respondo yo; porque la presencia de aquellas mujeres, despertando mi espíritu, le hizo emprender una expedición deliciosa.

Ventaja que tenemos algunos pobres sobre ciertos ricos, los cuales, á pesar de todo su dinero, no pueden adquirir billetes para este género de viajes.



LO IDEAL EN EL REAL

SE representaba *Lohengrin*, la hermosa leyenda alemana puesta en música por Wagner. Yo, sentado en una butaca, seguía

con atención creciente, más que los geniales acordes de la orquesta, el asunto que los inspiraba: la historia de aquellos amores, melancólicos como los tonos del cielo germano y poéticos como la superficie silenciosa y azul de los inmensos lagos que se extienden por la patria inmortal de los sueños y de las quimeras.

¡Qué maravillosa tradición la del héroe sobrehumano que, caballero en un cisne de blanquísimas plumas, avanza al encuentro de la virgen enamorada y la protege con su brazo y proclama á la faz del mundo su inocencia, y se une á ella y la hace disfrutar los goces de un amor divino para abandonarla luego y sumergirse en el seno de las aguas tranquilas, hasta cuyo fondo llega la luna quebrándose en haces luminosos que alumbran el fantástico palacio de aquel genio protector y sublime!

Con ser falsos, con ser imposibles todas estas imágenes, todos estos hechos sobrenaturales que brotan de la imaginación del hombre cuando quiere justificar el nacimiento de un pueblo ó de una raza, atraen, seducen y provocan el deseo de verlos transformados en realidad, ya que la realidad en sí, ofrece tan escasas bellezas y tan pobrísimos encantos.

Desde el escenario donde se desarrolla

ban tales artísticas escenas, volvíanse mis ojos á la espaciosa sala, y parecíales ella marco perfecto para contener los fantásticos personajes del poema alemán. La blanca luz de las lámparas eléctricas se reflejaba con iguales y enérgicos matices en los dorados adornos, en el oscuro y reluciente terciopelo, en las balaustradas de madera y en el caprichoso conjunto de la techumbre, para deslizarse después con suave y mimoso resplandor por las espaldas desnudas de cientos y cientos de mujeres encantadoras, para morir temblando entre los pliegues de un justillo de seda, hipócrita encubridor de las desnudeces del seno, para subir lascivamente por la robusta curva de unos hombros, para acariciar las líneas, ora esculturales, ora atrevidas y graciosas, de aquellos rostros embellecidos por una sonrisa de placer ó por un gesto de satisfacción y de ventura... ¡Espléndido serrallo donde la imaginación, más rica que todos los sultanes de Oriente, podía escoger á su gusto, sin temer al cansancio y burlándose del hastío!

Entre aquellas mujeres había una que llamó singularmente mi atención. Rubia, delgada, esbelta, vestida de blanco, con un sencillo prendido de flores en el pecho y apoyada la barba sobre una mano pequeña

y nerviosa, seguía ella también con afán indudable la historia de Lohengrin y la inmensa pasión de la virgen de la leyenda. Los ojos azules de esta otra virgen, ataviada á la moderna, resplandecían con infinita



y melancólica ternura, mientras sus labios entreabiertos semejaban aspirar con deleite la atmósfera de majestad y de belleza con que envuelve á su héroe el poeta alemán.

—Ella también—murmuraba yo para mis adentros—soñará con un amor casi divino,

exento de impurezas, de egoísmos y de traiciones; pletórico de desinterés y de ternura; exuberante de fantasía y de pasión. Acaso por los rincones de su cerebro danza la imagen de un Lohengrin que, si no va vestido de plata, ni vive en las transparentes profundidades de un lago, será bello, fuerte, generoso, poético... Tal vez ese Lohengrin existe; sin duda se esconde en aquella fila de butacas, adonde esta preciosa criatura dirige sus gemelos, y que yo no alcanzo á distinguir desde la mía.

¡Dichosa ella si es adorada por un ser de tan excepcionales condiciones!... ¡Dichoso él si posee el amor de esa niña á quien sólo le falta destrenzarse la cabellera para convertir en carne el sueño de amores acariciado por un juglar en el brumoso horizonte de la Germania!...

El último acto tocaba á su término. Lohengrin, despidiéndose de su adorada y arrojando en sus brazos el fruto divino de su amor, desapareció en las profundidades del lago, y yo abandoné mi butaca y me dirigí precipitadamente al *foyer* para contemplar de cerca á la mujer rubia que tan en consonancia estaba con la obra que concluía de representarse.

No tardó en aparecer delante de mis ojos, arrebujaado el cuerpo en amplio y ele-

gante abrigo de seda, y acompañada por una anciana respetable, que debía ser gran persona á juzgar por los innumerables saludos que la hicieron á su paso por el *foyer*.

—¿Dónde está tu novio? dijo aquella señora á la niña.

—No sé, respondió ésta; no lo veo. Y se puso á registrar con sus ojos azules y dormidos todos los ámbitos del salón.

—¡Ah! - murmuré yo;—la virgen tiene su Lohengrin. Y voy á conocerlo ahora mismo, añadí, al ver que la muchacha, volviéndose á la anciana, exclama:

—Ahí está.

Envuelto en un gabán de pieles, y apoyándose en un bastón con puño de plata, avanzó hacia la joven un mozalbete delgado, enclenque, mal configurado, de rostro cetrino y ojos saltones y faltos de expresión. En el dedo anular de su mano izquierda brillaba un diamante de gran precio, y cuando se quitó el sombrero para saludar á las damas, dejó al descubierto una frente estrecha y deprimida, que acusaba la imbecilidad más absoluta.

—¡Vaya un Lohengrin! ¿Y éstos son los amores de una virgen? exclamé yo con rabia, como si hubiese recibido un insulto.

—Vuestro carruaje no ha venido aún. Os ofrezco el mío, dijo el mozalbete.

—Vamos, repuso la anciana.

Y se dirigieron hacia la puerta del *foyer*.

—¡Ahora se explica todo! murmuré yo riendo por lo bajo, al ver el vehículo que el tísico galán ponía á disposición de la joven.

No era precisamente un cisne, pero era una berlina de todo lujo, tirada por dos caballos que valían un dineral.

